

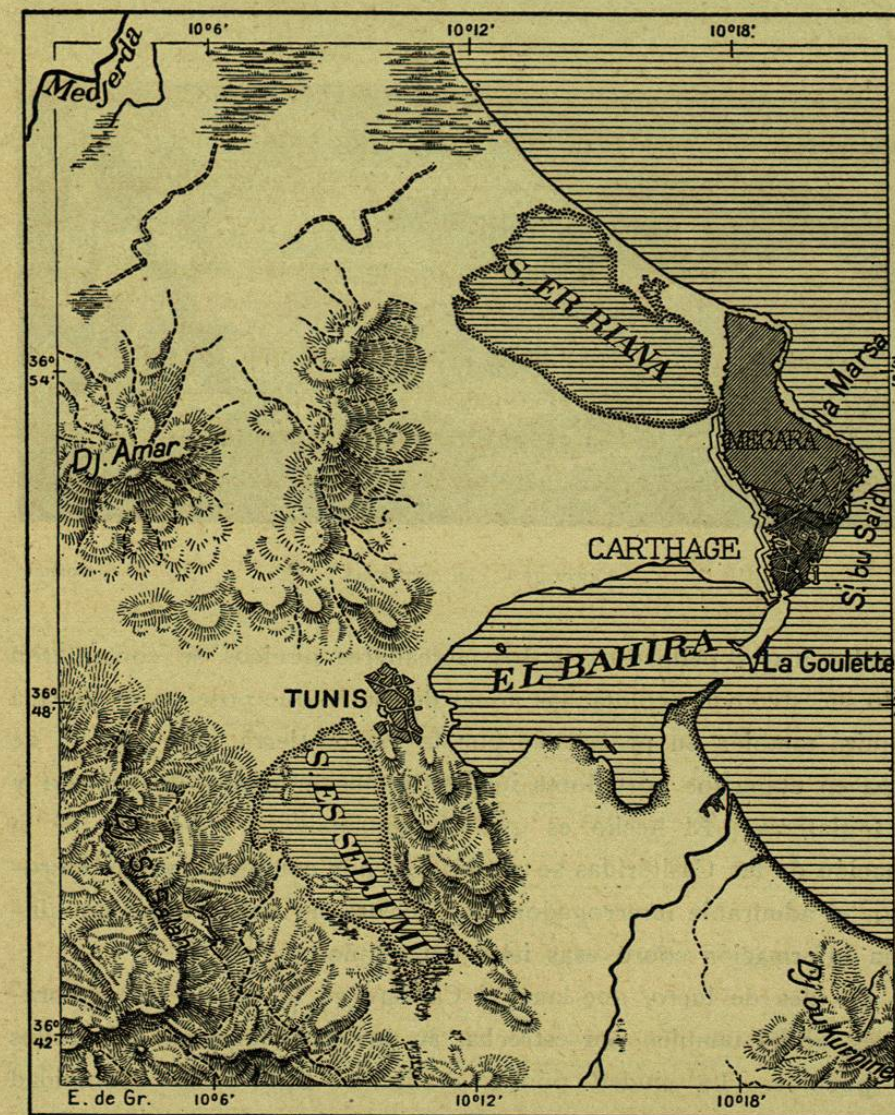
para hacerse indispensable como intermediario de comercio. Su aislamiento en medio de los mares del lejano Occidente le permitió constituirse un monopolio de tráfico absoluto, realizando en su provecho, para un conjunto de comarcas muy extendido, ese privilegio exclusivo de los cambios, que es la ambición por excelencia de cada nación comercial, hasta de cada ciudad, de cada empresa individual y que en nuestro mundo moderno ha dado origen á la industria de los privilegios de invención y á los sindicatos de explotación. Verdad es que las ciudades griegas Atenas, Corinto, Egina y Siracusa habían tenido esa misma ambición, pero tuvieron que sufrir la gran concurrencia de ciudades vecinas, y Cartago las excedió ciertamente como centro de acción poderosísimo para los negocios.

Gracias á su posición geográfica mucho más avanzada en la dirección del Oeste, Cartago reemplazó sobreponiéndose á la madre patria de la costa fenicia, como centro de comercio para el Mediterráneo occidental y para la puerta del Océano. Tomó la mayor parte de las colonias sirias y fundó otras nuevas, entre ellas la «Nueva Cartago» ó Cartagena, que, desde aquella época, no dejó de ser una ciudad importante. Por último, se entregó igualmente á empresas de descubrimiento para ensanchar su territorio de tráfico, y quizá también para satisfacer la curiosidad de sus naturalistas y sabios. Así fué como, hace más de veintitrés siglos y medio, la ciudad comercial hizo partir para la costa occidental de Africa toda una flota de sesenta barcos de cincuenta remeros, llevando, dicen, treinta mil tratantes y colonos. Esta expedición, mandada por un gran navegante, Hannon, parece haber pasado los cabos extremos que, dos mil años después, detuvieron por tanto tiempo á los marinos portugueses, pero no pasó más adelante de los parajes actuales de Sierra Leona, detenida quizá por la falta de víveres, la fatiga y la mortalidad de las tripulaciones<sup>1</sup>. Hannon hubo de contentarse con el estéril honor de erigir un estelio en un templo y de hacer grabar en él la relación de su periplo africano. En la misma época, Hamilcon, otro navegante de Cartago, se aventuró á través de los mares tempestuosos de la Europa occidental para ir á visitar las islas Casitéridas;

<sup>1</sup> Bunbury, *History of ancient Geography*.

pero su flota, batida por los vientos contrarios, tardó ciento veinte días en hacer el viaje y tuvo que invernar en las regiones inhospita-

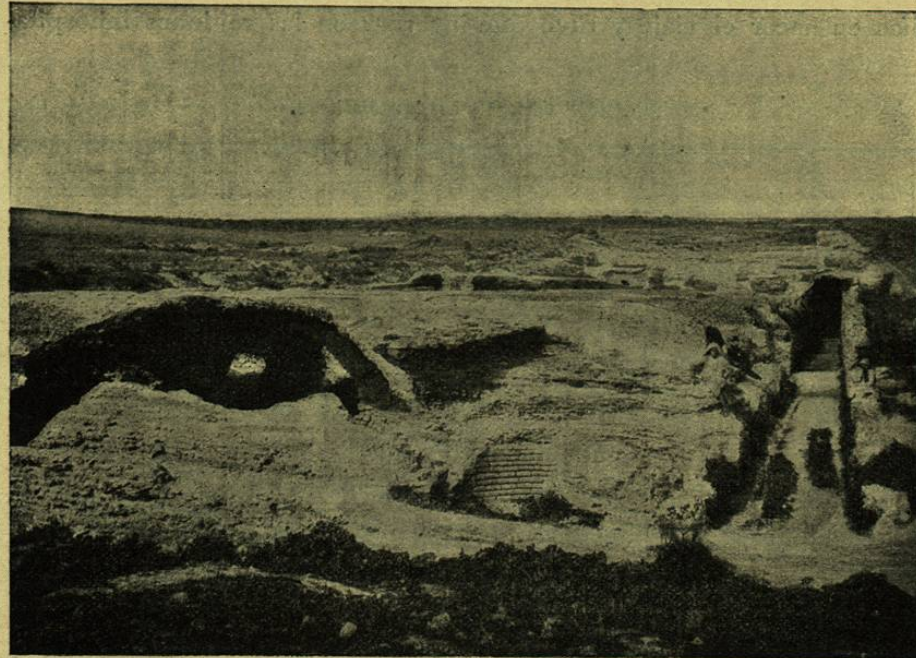
N.º 183. Cartago y sus inmediaciones.



1 : 250 000

0 5 10 15 Kil.

rias del Norte. Los peligros de la expedición parece que desanimaron á los Cartagineses, porque Hamilcon no tuvo sucesores en



CARTAGO — LAS CISTERNAS

Cl. Sommer.

aqueellos mares peligrosos, y los mercaderes púnicos se contentaron en lo sucesivo con explotar las minas de estaño que poseían en España y quizá también en procurarse por la vía de tierra, que seguían de etapa en etapa los portadores indígenas, los minerales de Bretaña y de Inglaterra. El hecho es que el conocimiento geográfico de la situación de las Casitéridas se perdió casi por completo, y que Herodoto, el admirable interrogador, nos declara no haber obtenido ninguna información sobre esas islas del estaño<sup>1</sup>.

La idea de lucro, que lanzó á Cartago en la vía de las exploraciones, acabó también por estrechar su territorio, enajenándole todos los pueblos. La ciudad púnica realizó el tipo de la comunidad comercial por el egoísmo celoso de sus relaciones con el extranjero, por la tirantez implacable que ponía en la defensa de sus intereses, por la perfidia de sus combinaciones con la mira de la ganancia, por la crueldad del tratamiento que infligía á los vencidos de quienes no

<sup>1</sup> Libro III, 115. — N. Sieglin, *Entdeckungsgeschichte von England*, «Geographisches Congress zu Berlin», 1899.

N.º 184. Imperio Cartaginés.



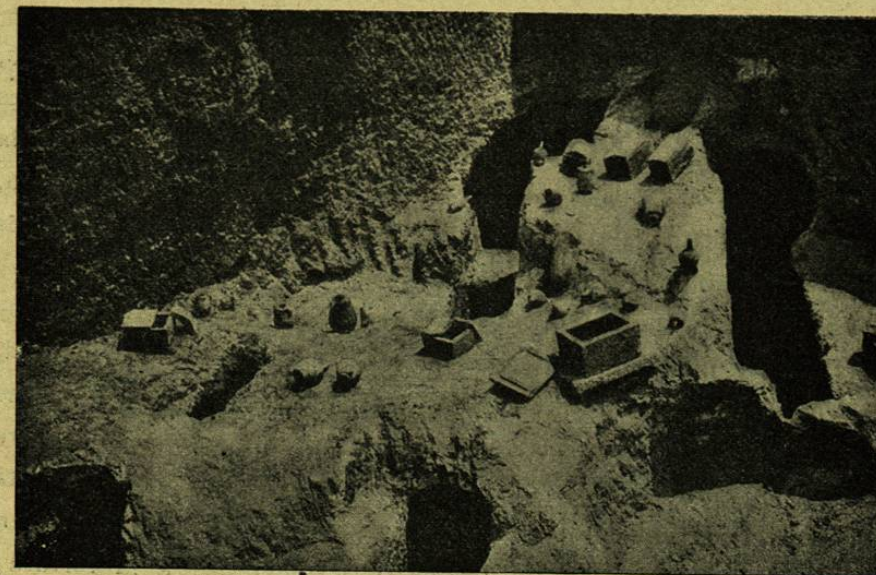
La relación del periplo de Hannon, que se remonta á unos 2400 años, nos ha sido conservado. La colonia más lejana fundada por esta expedición fué la de Cerne. Durante mucho tiempo se había creído identificar este punto con una pequeña isla en la bahía de Arguin, pero el Dr. C. Müller (*Prolegomena*) llamó la atención sobre un islote situado en la desembocadura del Río de Oro y que antiguos mapas franceses llaman Herné; su posición, por otra parte, concuerda muy bien con el texto de Hannon.

tenía necesidad. Verdad es que su historia nos ha sido referida por enemigos y que entra en ella seguramente una parte calumniosa; pero las mismas condiciones de su medio, las de un monopolio y de

una dominación absoluta requerían que el carácter cartaginés se desarrollase en el sentido de una aspereza cruel. Lo que les hizo sobre todo odiables á los ojos de las poblaciones circundantes, fué que los colonos fenicios habían conservado de su culto hereditario la práctica de los sacrificios humanos en todas las graves coyunturas en que se trataba de la salvación pública. Sobre este punto los testimonios de la Antigüedad están de acuerdo: el padre escogía su hijo para derramar una sangre agradable á las terribles divinidades. Resultado de ello fué que llevada la guerra al Africa, cuando los Romanos conocieron su acceso, se redujo en seguida el imperio de Cartago al recinto de la ciudad, de tal modo era detestado su yugo<sup>1</sup>.

Los pueblos sometidos á Cartago habían de temer tanto más la dureza de su poder, cuanto que la misma comunidad púnica era gobernada por una aristocracia á la que los intereses de clase hacían irresponsable: era la casta del alto negocio, autorizada de antemano para todo género de atentados por su espíritu de corporación. La leyenda que nos habla de una reina Elisa ó Dido estableciendo los primeros colonos fenicios sobre la colina de Byrsa, se funda quizá sobre una parte de verdad, en el sentido de que el régimen político de Cartago, imitado del de la metrópoli, á la cual pagaba todavía el diezmo, tuvo primeramente un carácter monárquico; pero en la época en que la historia comienza á ser casi distinta para el nuevo Estado, se le ve constituido en una república de ricos, muy análoga por su régimen y su funcionamiento á aquella república de Venecia, que mil quinientos años después había de desarrollarse en condiciones comerciales muy semejantes á las de Cartago. Esta constitución representa un acontecimiento de la más alta importancia en la historia política del mundo, el nacimiento de una república consciente, formada por un grupo de ciudadanos bien convencidos de su valor personal, bastante independientes por naturaleza y habituados además al respeto ajeno, para negarse, por una parte, á la dominación de un amo, y por otra, para acomodarse á la discusión de los intereses comunes en asambleas de iguales. Evidentemente esta revolución no pudo cumplirse sobre la tierra africana sino por efecto de la evolución ya efectuada

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire romaine*, p. 182.



Cl. J. Picard y C.<sup>a</sup>, Túnez.

CARTAGO — NECRÓPOLIS PÚNICA CON POZOS Y MOBILIARIO FÚNEBRE  
IV SIGLO ANTES DE J. C.

en la mente de los inmigrantes tirios. El hijo no maduraba en sí más que los gérmenes transmitidos por sus abuelos. Así es como, por un fenómeno análogo, las monarquías de Europa dieron nacimiento á las repúblicas del Nuevo Mundo.

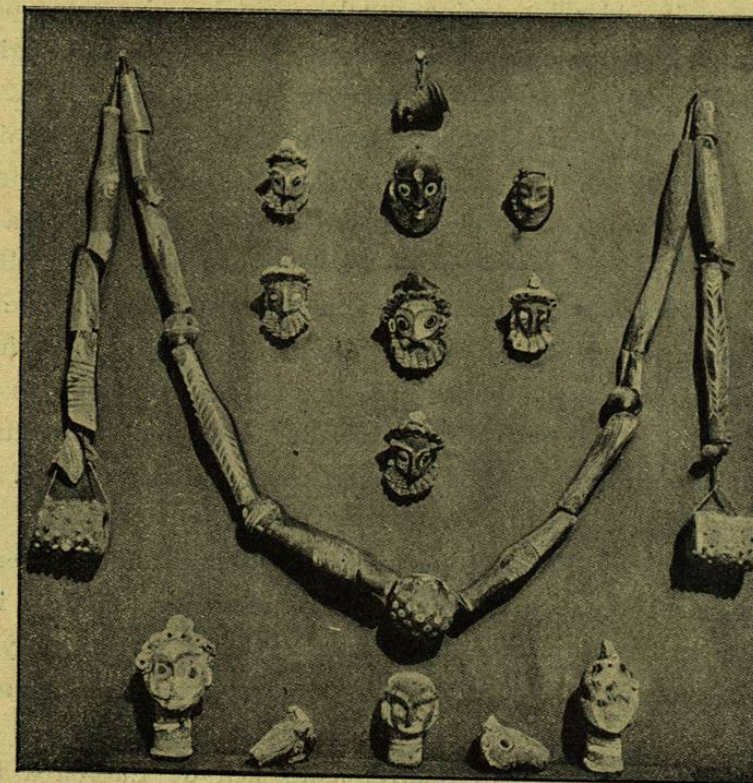
Un Senado, cuyos miembros tenían asiento en él por derecho de herencia, dirigía los negocios de la República y confiaba la ejecución de sus voluntades á dos sufetas, especie de cónsules que designaba por una temporada más ó menos larga y que quedaban siempre responsables ante él. Nombraba también los sacerdotes y los generales, escogiéndolos en el estrecho círculo de las familias patricias. El poder, en sus diversos órganos, no pertenecía sino á un corto número de individuos; no obstante, el crecimiento enorme de la ciudad y de su dominio de conquista obligó al Senado á adjuntarse un «Consejo de los Ciento» (ó ciento cuatro) que dió al gobierno más amplio fundamento en la burguesía comerciante. Ante todo, esas gentes de negocio, astutas, que trataban la política desde el punto de vista de los intereses de dinero y que decretaban las expediciones de guerra en vista del pillaje ó del aumento de rentas, no delegaban impruden-

temente sus poderes, y hacían acompañar por uno de los suyos, ó por varios representantes, á los generales que partían para una expedición lejana, y les sometían á una vigilancia de todos los instantes, interviniendo todos sus actos para mostrar á las tropas que los jefes de guerra no eran los verdaderos amos, y que toda sanción venía de ese misterioso Senado anónimo, que allá, en la divina Cartago, disponía del dinero, de las tropas de refuerzo y de las municiones de guerra.

Aunque los generales fuesen casi siempre escogidos en las mismas familias y que varios entre ellos alcanzasen la más alta popularidad, no hay ejemplo de grandes capitanes cartagineses que embriagándose en su propia gloria, rompiesen el lazo moral que les unía á la madre patria. En cambio se citan numerosos casos de intervención violenta de la República para deponer los generales que habían incurrido en desagrado, castigarlos con el destierro ó someterles á la tortura; hasta se vió un jefe desgraciado, Hamilkron, á quien la peste y otros desastres imprevistos destruyeron su ejército, presentarse con el resto de sus tropas ante el Senado y el pueblo de Cartago y darse solemnemente la muerte en sacrificio al Destino.

Si la posición geográfica de Cartago en el continente de Libia quedaba garantida de ese lado contra todo ataque verdaderamente peligroso de las poblaciones vecinas, su imperio comercial, exparcido sobre las costas y en los mares de Europa, presentaba mucho menos seguridad: pequeñas islas como las Baleares ó simples factorías como existían á todo lo largo de las costas de la Mauritania occidental y de España, se conservaban fácilmente bajo la dirección de los mercaderes cartagineses; pero no sucedía lo mismo con las grandes islas como Córcega, Cerdeña y Sicilia, comarcas de individualidad precisa que representaban cada una un territorio comparable al del dominio libio de Cartago. Allí las mismas poblaciones podían rebelarse, caer en masa sobre las factorías púnicas, aliarse en caso de guerra extranjera con un enemigo de los Cartagineses, y en ese caso, hubiera sido necesario para la fortaleza de Cartago que tuviera el mar por aliado, que las aguas y las brisas le fuesen siempre clementes; ¡y cuántas veces, á pesar de la ciencia náutica de sus pilotos, las tempestades dispersaron sus barcos, la calma y los vientos hostiles retrasaron sus

flotas é hicieron llegar demasiado tarde sus tropas de desembarco para dispersar á los sitiadores de una ciudad ó para salvar un reino aliado! Cartago no tenía un trono bastante poderoso para conservar con firmeza sus conquistas marítimas: carecía de fuerza para luchar contra lo imprevisto de las olas, y el crecimiento de sus posesiones



AMULETOS PÚNICOS <sup>1</sup>

de ultramar disminuía proporcionalmente sus fuerzas en vez de aumentarlas. Ni siquiera pudo impedir que los mercaderes griegos penetraran en Bética desde el siglo VII antes de la era vulgar, ni después en distintos sitios en Mauritania <sup>2</sup>.

La situación geográfica de Cartago tenía otra consecuencia, la de impulsar la República á reclutar su ejército entre los mercenarios.

<sup>1</sup> Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.

<sup>2</sup> E. Lefébure, *La Politique religieuse des Grecs en Lybie*, « Bulletin de la Société de Géographie d'Alger ».

Los Cartagineses propiamente dichos, que constituían una «santa compañía», habían de encontrarse en una minoría ínfima, y hasta los súbditos inmediatos del Estado púnico, los Africanos de la Byzacena y otras provincias próximas no representaban en la mayor parte de las expediciones guerreras sino la menor parte de las tropas: un hacinamiento incoherente de bandidos reclutados en todas partes, de aventureros de todas las naciones, tales eran los elementos principales de que estaban obligados á servirse los generales cartagineses y que podían, al menor fracaso, volverse en su contra, si la causa del enemigo les parecía ofrecer alguna ventaja. La relación de las guerras púnicas sobre las costas y en las islas del Mediterráneo ha puesto de manifiesto más traiciones que operaciones de guerra propiamente dichas. El gran arte de los jefes consistía principalmente en saber comprar los hombres y en retenerlos. Verdad es que gran número de servidores del ejército ó remeros de las galeras no habían vendido directamente su libertad, sino que habían sido pagados como esclavos á los tratantes; eran desgraciados á quienes se conducía á latigazos, pero que no eran más seguros que los mercenarios.

Las guerras de Sicilia, que duraron doscientos años, pusieron á los Cartagineses en contacto con las ciudades griegas de la isla y determinaron después el choque que se produjo entre Roma y Cartago: allí era, pues, donde habían de resolverse los destinos del mundo. Sicilia, tierra central del Mediterráneo, que ofrece, á pesar de los estrechos, un camino relativamente fácil de Europa á Libia, estaba, por su misma posición, indicada como punto de encuentro; era el campo cerrado donde se decidiría en pro ó en contra de Roma el problema del dominio sobre todas las comarcas ribereñas del mar Interior. De lo alto del cielo, el cráter del Etna, iluminando á la vez los dos mares, el de Occidente y el de Oriente, marcaba el lugar sagrado donde los dioses habían de pronunciarse entre los competidores al imperio universal.

Además de las ventajas muy excepcionales que su posición daba á Sicilia, tenía la fecundidad de sus campiñas para atraer los colonos y fijarlos á su suelo. Las vertientes del Etna, con las cenizas penetradas de la humedad de las nieves derretidas, forman un inmenso

jardín circular, y bajo los bosques de castaños, las llanuras y las mesetas del interior se desarrollan en un campo de trigo continuo. De ese modo Sicilia, aun más que Chipre y que Creta, fué considerada como el lugar de nacimiento de Demeter, la «Divina Madre», y la cima más alta de los montes que dominan Mesina, en el ángulo nor-oriental de Sicilia, lleva todavía el nombre de la diosa *Dimna mare* ó Antinmare. La leyenda itálica atribuye á los Sículos la invención de la agricultura. Lo que los Tracios fueron para Grecia, lo fueron los Sículos para Italia, á la cual dieron los cereales y la hoz, denominada por ellos *sicula* ó *secula*; quizá fueron ellos los introductores del dios de las siembras y de las cosechas, del dios porta-guadaña: *Falcifer Saturnus*<sup>1</sup>.

En la época en que los primeros colonos griegos, hace más de veinticinco siglos, habían desembarcado en Sicilia, casi toda la isla se hallaba en posesión de los Sikeles ó Sículos, que los historiadores arqueólogos consideran de común acuerdo como nación inmigrada de Italia y probablemente pariente muy próxima de los Latinos, á juzgar por las palabras que introdujeron en la lengua helénica de Sicilia<sup>2</sup>. Esos conquistadores, establecidos en el país á lo menos cinco ó seis siglos antes, habían rechazado á los primeros aborígenes, los Sicanes, en la dirección del Oeste, así como á su vez, fueron rechazados al centro de la isla cuando las colonias helénicas se establecieron sobre el litoral: no quedó de la antigua dominación de los Sículos más que el nombre de «Sicilia» dado á la isla «triangular» ó Trinacria. Demasiado débiles á pesar de su número para que pudieran aceptar la lucha contra invasores que disponían de armas de bronce y de hierro, los Sículos se retiraron sin haberles opuesto gran resistencia, y más de dos siglos se pasaron antes que estallara una tentativa de reivindicación nacional contra los Griegos en el interior de Sicilia. En aquella época, un tal Duketios, aprovechándose de las disensiones que la diversidad de los intereses había suscitado entre las repúblicas griegas, jónicas y dóricas, trató de fundar un reino sículo: la capital del nuevo Estado se colocó bajo la protección de los dioses nacionales, en la cavidad de un cráter hundido que se abre no lejos del

<sup>1</sup> André Lefèvre, *L'Italie antique*, p. 9.

<sup>2</sup> G. Perrot, *Revue des Deux-Mondes*, 1.º Junio 1897.